

El capitalismo y sus crisis: ¿qué tipo de crisis?

Teresa Montagut
Universitat de Barcelona
montagut@ub.edu

Resumen: Este artículo va a tratar de analizar los problemas que presenta el capitalismo moderno entrelazando sus diversas dimensiones. La Nueva Sociología Económica parte del supuesto de que la economía está incrustada —embeddedness— en las relaciones sociales. No puede ser estudiada ignorando el contexto social en el que se produce. Desde esta perspectiva académica, el capitalismo es más que la lógica de acumulación de capital bajo el mecanismo de los mercados y, por ello, para analizar el momento actual debe comprenderse la lógica de su evolución histórica y entrelazar los aspectos económicos con los políticos y sociales.

Palabras clave: capitalismo, mercados, relaciones sociales, globalización.

Abstract: This article aims to analyze the problems presented by the various dimensions of modern capitalism. The new economic sociology is based on the assumption that the economy is embedded in social relations. It cannot be studied without taking the social context into account. From this academic viewpoint, capitalism is more than the logic of the accumulation of capital under the mechanism of the markets and, therefore, if the present moment is to be analyzed, the logic of its historical evolution must be understood and economic aspects must be linked with political and social aspects.

Keywords: capitalism, markets, social relations, globalization.

1. Introducción

El capitalismo está hoy atravesando un momento de turbulencias estructurales. Para unos se trata de una crisis económica, para otros de una crisis financiera y, aún para algún otro autor, más bien debería hablarse de una crisis global de la sociedad. ¿Pueden tan diversas opiniones converger en sus análisis? No es tarea fácil, ya que cada cual suele hablar desde su propia perspectiva académica, cuando no incluso circunscrito a un determinado enfoque teórico. Además, la mayoría de los debates han girado en torno a la economía, y la corriente principal de la ciencia económica, la teoría neoclásica, por su propia naturaleza es incapaz de aportar más claridad. Los supuestos en los que basa sus modelos y teorías, que tanto cientifismo le han conferido, impiden precisamente captar la dimensión del fenómeno. De ahí salen algunas recetas para intentar paliar nuestros males, como por ejemplo la sugerencia de que *si dejamos actuar a los mercados, su lógica va a conducir a reparar los desajustes que se han venido produciendo*. Pero, ¿qué son los mercados? ¿Se trata de algo mágico que actúa con finalidad propia y con un objetivo específico?

Sin duda alguna la sociología puede —y debe— entrar de lleno en el debate. Los mercados no son el resultado de acciones entre iguales. En toda acción humana —y por tanto también en toda relación económica— existe una distribución desigual del poder. Las transacciones económicas son relaciones que se dan en un determinado contexto social, caracterizado por la asimetría en el reparto del poder y de los privilegios, ya sea entre personas, entre instituciones o entre países. Los mercados están gobernados y responden a los intereses de aquellos que tienen el poder de manejarlos. El problema es que no se trata de un gobierno político —de la *polis*, de todos o para todos— sino más bien de un gobierno conducido por la lógica de la acumulación de capital que, aunque la necesite, nada sabe de la sociedad.

El presente artículo va a tratar de analizar los problemas que presenta el capitalismo moderno entrelazando sus diversas dimensiones. La Nueva Sociología Económica parte del supuesto de que la economía está incrustada —*embeddedness*¹— en las relaciones sociales. No puede estudiarse ignorando el contexto social en el que se produce. Desde esta perspectiva, el capitalismo es más que la lógica de acumulación de capital bajo el mecanismo de los mercados y, por ello, para analizar el momento actual debe comprenderse la lógica de su evolución histórica². Capitalismo y liberalismo van de la mano. Las libertades formales han

1 Concepto que acuñó Polanyi (1957) y que luego Granovetter (1985) reelaboró.

2 Como expresa John K. Galbraith (1992) en su *Historia de la Economía*: «no se puede entender la economía sin conocimiento de su historia» (págs. 12). Lo mismo sucede dentro de un determinado modelo o sistema económico.

sido necesarias para que los recursos —también los humanos— estuvieran disponibles dónde, cuándo y cómo la producción lo requería. Hasta ahora, sociedad liberal y libre mercado o capitalismo es un binomio inseparable. La democracia liberal es consecuencia del capitalismo, o viceversa. Pero los progresos hacia una mayor democracia parecen poner en entredicho la capacidad del capitalismo para asumírselos. El desempleo masivo, el cambio en las formas de producción y de consumo, el dualismo social cada vez más acentuado, las dificultades que atraviesan las políticas sociales y una creencia generalizada en la falta de alternativas es el triunfo de la idea «de lo inevitable». David Anisi escribía sobre la crisis de 1973 del siglo xx que lo que entró en crisis no fue más que la recuperación del capitalismo, que al encontrarse con el auge sin precedentes de su gran y poderoso enemigo —la democracia— la hace retroceder, sustituyéndola por un «novedoso» auge del mercado (Anisi, 1998: 40-41). Todavía estamos hoy en ese eslabón.

2. El sistema capitalista

El capitalismo no es sólo un sistema económico. Es un sistema social, político y económico que se ha ido desarrollando durante los últimos siglos y, como tal sistema social, ha ido integrando, a la vez que produciendo, los diversos cambios sociales.

Entender el capitalismo como un sistema social remite a comprender la economía como una faceta (un aspecto) que evoluciona formando parte del desarrollo de las sociedades. La economía está incrustada en las relaciones sociales, no puede estudiarse de manera aislada. Por ello, para analizar los problemas que padece hoy el capitalismo se hace menester entender las transformaciones, sociales y políticas, que se han producido en los dos últimos siglos. No es lo mismo el capitalismo del siglo xix que el del siglo xx y, muy probablemente, no será lo mismo el capitalismo del siglo xxi, lo que nos obliga hoy a reflexionar y a espolear diversos foros sobre su posible —o para otros, deseable— «refundación» o, tal vez, la búsqueda de un nuevo modelo de crecimiento.

El capitalismo del siglo xix, en el momento del importante despegue de la industrialización y de las transformaciones que llevó aparejadas, se basaba en la consideración de que sin ninguna intervención, dejando a los mercados buscar su propio equilibrio, el propio mecanismo encontraba sus ajustes y posibilitaba que los distintos actores pudieran enfrentarse a las posibilidades —también a las dificultades— que la libre competencia planteaba. Pronto se vio que el crecimiento económico no era suficiente para garantizar un desarrollo de las sociedades. Se evidenció la necesidad de formación o educación para toda la población, por lo

que empezaron a regularse las primeras leyes de protección de los trabajadores. En el siglo xx, el capitalismo se transforma. De un libre mercado para todos los factores, se llega a unos mercados protegidos. Un salto significativo. Polanyi (1944) describió en su *Gran Transformación* cómo en los comienzos del capitalismo el trabajo, las tierras y el dinero terminaban por convertirse en mercancías para posibilitar su desarrollo. Sin embargo, un siglo después, la intervención del Estado para proteger al trabajador y a la naturaleza, y también para garantizar una cierta redistribución de la riqueza nacional, significó, a su vez, la protección del propio sistema capitalista. Fue un nuevo *modelo*, en el cual la economía quedó supeditada a la política. El quehacer político *domesticó* a la economía. Así, el esfuerzo económico quedaba justificado por la búsqueda de un mundo éticamente mejor, y al propio tiempo, una mayor igualdad —o integración social— garantizaba el proceso de acumulación del capital. Aparecían los derechos sociales.

Hoy hablamos de derechos, pero no tenían ese mismo significado doscientos años atrás. Aunque la evolución de los derechos de ciudadanía no es lineal, ya que depende de diversas variables como el país, el sexo o la etnia, podemos trazar su evolución de forma analítica. Ser ciudadano significa que, además de ser personas libres e iguales ante la ley, se está reconocido como sujeto con capacidad política. El Estado se compromete a garantizar unos niveles mínimos de bienestar y seguridad económica que permitan vivir de acuerdo con los estándares de vida que prevalecen en lo que venimos denominando un Estado del bienestar, etapa en la que la política social hizo posible que la democracia —junto al desarrollo de los derechos de ciudadanía— fuera unida al crecimiento sostenido de la actividad económica.

¿Cuál es la incidencia de la política social sobre el sistema capitalista? Existe una tensión entre el reconocimiento de la ciudadanía y la estructura desigual de las sociedades modernas, en la que los derechos sociales mitigan, aunque no eliminan, las desigualdades (Montagut, 2010). Redistribuyendo, en cierta medida, algunos de los recursos se ha intentado mejorar la posición que los más desfavorecidos ocupan en el entramado de la estructura social. En este sentido puede ser interpretada como una política paliativa, que suaviza los destrozos sociales que la lógica del sistema capitalista provoca en determinados colectivos o personas con grados de vulnerabilidad, y contribuye a crear sociedades más cohesionadas que permitan el avance hacia una *buena sociedad*, o una sociedad donde los ciudadanos, por el mero hecho de serlo, tengan acceso a la oportunidad de ejercer sus derechos. Este *modelo*, base de los Estados del bienestar modernos, entró en dificultades hacia el último tercio del siglo xx. Se inicia con la Crisis del Petróleo, pero en su devenir inciden muchas más variables, que planteadas conjuntamente

permiten entender el alcance de las dificultades hoy existentes en aras a la cohesión social. Presiones internas y externas a los estados provocaron profundas transformaciones que han dificultado su continuidad.

Por un lado, en el ámbito interno de los países, el propio modelo de Estado protector ha venido produciendo importantes transformaciones sociales. Tal vez la más importante haya sido *la revolución silenciosa del siglo xx*, como se suele identificar al cambio de papel de muchas mujeres. El acceso a la educación —en igualdad de condiciones para jóvenes de ambos sexos— ha venido promoviendo el cambio de la función tradicional que ejercía la mujer en el seno de las familias y su entrada al mercado laboral. Ello repercute en las tasas de natalidad, en el incremento de población activa y en las necesidades de la familia que debe atender el Estado. Otra política social que ha producido efectos muy significativos ha sido la sanidad. El acceso de la población al sistema sanitario ha posibilitado la prolongación de la vida. Hoy, la población mayor de 65 años —que ya no es activa laboralmente, y que según nuestro modelo social debe cobrar una pensión y seguir teniendo acceso a la sanidad— es cada vez mayor, y se va a ir incrementando en los próximos años. Junto con el decremento de la natalidad, son los dos factores principales responsables del envejecimiento de las sociedades modernas, fenómeno que dificulta cada vez más la solidaridad intergeneracional que representaba el sistema de la Seguridad Social. Y, por si todo ello fuera poco, hay que añadir el papel de las nuevas tecnologías, que han permitido a las empresas, mediante su incorporación a los procesos productivos, recuperar sus tasas de beneficios sin crear ocupación.

Pero, también por otro lado, se han venido produciendo presiones externas al *modelo*, provenientes de la globalización neoliberal que ha repercutido en el mundo de las ideas. Parece que no hay más alternativa que el neoliberalismo, o lo que para algunos ha significado «el fin de las ideologías». Pero tal vez tampoco hubiera sido posible todo ello sin los avances tecnológicos. Las nuevas tecnologías permiten una conexión al instante entre los ciudadanos de cualquier país del mundo, lo que, para algunos, traza un camino hacia la homogeneización de las diversas culturas. El mundo de las ideas es hoy planetario, sólo hay que pensar en las revoluciones que se están produciendo estos días en numerosos países del área islámica. El afán de democracia —que supuestamente conlleva el crecimiento económico— está movilizandando las ansias de muchos de sus ciudadanos y derrostando los regímenes autoritarios que suponían una rémora para sus libertades. Pero también representa a comienzos del siglo *xxi* un nuevo funcionamiento del sistema capitalista global. El capital está siempre conectado y conoce al segundo lo que está sucediendo en otra parte del mundo. Las empresas pueden trabajar

en red situando sus sedes allá donde más les convenga. Pueden elegir dónde crear o situar sus fábricas, esto es, pueden establecerse allá donde los costes laborales y de producción son más bajos. En definitiva, ya no crean ocupación dentro de los Estados-nación. Se ha roto el pacto social que posibilitaba la redistribución de la riqueza y el papel del Estado como garantía de rentas y protección. Hemos asistido a la concentración del poder del capitalismo financiero. El cambio de un capitalismo productivo a un capitalismo especulativo a escala mundial, sin producción de bienes, sin crear ocupación, constituye un cambio en las relaciones entre la economía y las instituciones. La economía domina de nuevo la política. La economía mundializada —su lógica de un libre mercado de capitales— ha aumentado las dificultades de gobernanza y de cohesión social en todos los Estados. Nos encontramos con una economía global que domina —o determina— incluso las políticas nacionales. Y, como fruto de este disloque, hemos asistido además a una crisis financiera que ha repercutido en todo el sistema y de la que todavía no se vislumbra la salida.

El capitalismo ha perdido el débil cariz social que había adquirido en la segunda mitad del siglo xx, al presentarse como el poder del dinero sin fronteras. Son los accionistas deseosos de obtener una elevada rentabilidad y no las inversiones productivas lo que ha espoleado el crecimiento. Estamos hoy lejos de los análisis de Marx sobre las relaciones de producción en las que se basaba el sistema capitalista, o las de Weber sobre la ética protestante como la base de la industrialización. El sistema financiero se ha convertido en el amo y no en el servidor de la producción. Al mismo tiempo —o quizá por ello—, ha surgido y crecido una nueva casta de altos directivos y ejecutivos que no se consideran responsables de las consecuencias de sus decisiones. Su único objetivo es el de incrementar el capital. Al ignorar la sociedad, sus actuaciones no tienen escrúpulos. Se plantea aquí una cuestión moral. Deben su riqueza —y poder— a la sociedad y no pueden, por tanto, desentenderse de ella, aún más cuando sus acciones están debilitando o dificultando los niveles de vida de numerosos ciudadanos o incluso de algunas zonas del mundo. Es necesario un gobierno global para la era global que ponga freno a esta situación y sea capaz de representar a toda la humanidad. Es preciso humanizar el capitalismo del siglo xxi.

Por todo ello, hoy es más necesario que nunca la intervención política para mantener los objetivos de cohesión de nuestras sociedades en un mundo o un capitalismo dislocado, fruto de la ingeniería financiera de los mercados de capitales que actúa sin control por parte de las instituciones políticas. Pero esta cohesión social aparece como un reto con una nueva dimensión. Ya no se trata, exclusivamente, de fortalecer los lazos societarios con las capas más bajas de la

estructura social, de integrar a los menos favorecidos. A mi entender, la cohesión social de hoy depende también, y en gran medida, de cómo se responsabilizan con la sociedad aquellos que más tienen, de cómo se integran en el compromiso estas nuevas élites económicas que dominan nuestro mundo. Es decir, tenemos responsabilidad con los más débiles de la sociedad, pero de forma colectiva también tenemos responsabilidades sobre las acciones de los poderosos, aunque no sepamos cómo incidir en ellas.

3. ¿La necesidad de un nuevo modelo económico... o de un nuevo modelo social?

En los últimos meses se han venido celebrando sesiones y jornadas de reflexión acerca de cómo debería ser refundado el capitalismo. Una excelente labor que, a mi entender, debería ir algo más allá, para ayudar a reflexionar sobre cómo podría ser refundada la vida democrática dentro del capitalismo³. Una vez más, para entender el capitalismo no sólo como el fruto de unas determinadas relaciones económicas, sino como un determinado modelo también político y social.

En esta crisis del capitalismo como sistema se han dado varios tipos de fracasos, como analiza Skidelsky (2009), que provienen del sistema económico y del sistema político, pero también de los ciudadanos. El primero fue institucional, al transformarse los bancos en una especie de casinos. El segundo es de tipo intelectual, ya que la economía dominante no fue capaz de modificar su creencia de que los mercados financieros no podían equivocarse. El tercero es más bien un fracaso de tipo moral, ya que hemos venido construyendo un sistema sobre una deuda desorbitada, donde gobiernos y ciudadanos han valorado el crecimiento económico como un bien en sí mismo, y no como un medio para conseguir una sociedad mejor.

Un importante reto, que tenemos planteado en todas las sociedades, y de manera muy importante en nuestro país por los déficits de cultura democrática, es cómo propiciar la corresponsabilidad en los asuntos públicos por parte de todos los agentes sociales. En el mundo moderno, los conceptos de gubernamental y público se han entrelazado tanto que, en ciertos contextos, son intercambiables. Por sector público venimos entendiendo la parte de la actividad económica que es propiedad y está controlada por el gobierno central o local, así como los sistemas de provisión de servicios gestionados por las administraciones públicas. Su opuesto, el

³ Mi reflexión aquí se centra en el capitalismo. Dejo de lado, ya que no es el motivo de este texto, la aspiración o posibilidad de otros sistemas de producción y distribución de la riqueza que pudieran ser considerados más justos según determinados criterios de justicia distributiva.

sector privado, será la otra parte de la economía que no está controlada ni es propiedad del gobierno, la actividad de la sociedad civil, de sus negocios y de sus vidas «privadas». Pero público significa también, y con frecuencia, «común», «de todos», y no necesariamente gubernamental. Desde los clásicos griegos, el ciudadano con espíritu público o espíritu cívico es aquél que se preocupa de toda la comunidad: es el ideal de ciudadano republicano comprometido con lo colectivo. Un ciudadano que además de derechos asume unas responsabilidades, unos deberes, en todos los ámbitos de nuestras relaciones sociales, también en las económicas. Esta sería la reflexión teórica que permite repensar nuestra sociedad, repensar el engranaje de las relaciones económicas con las relaciones políticas o colectivas, y trazar algunos apuntes sobre su porvenir. ¿Cómo volver a vincular la economía y la política? ¿Cuáles son los retos planteados para refundar nuestras sociedades? ¿Cómo avanzar hacia una nueva cohesión social? A mi entender, estos retos tienen tres dimensiones: (a) recuperar el sentido del crecimiento económico, (b) recuperar la confianza en el quehacer político y (c) recuperar el compromiso ciudadano.

Destacados autores —economistas, politólogos o sociólogos— han venido publicando artículos en la prensa diaria que aportan reflexiones sobre algunos aspectos del momento de incertidumbre por el que atravesamos (Castells, 2010; Costas, 2008; González, 2008). Con algunas de sus ideas creo que puede construirse una reflexión más global que sirva para evaluar los principales problemas de nuestras sociedades, así como alguna posible vía de solución. Desde el punto de vista analítico, pueden separarse tres grandes esferas —aunque interconectadas entre ellas—: la que atañe a las relaciones económicas, la que atañe a las relaciones políticas y la que atañe a las relaciones sociales.

3.1 Recuperar el sentido del crecimiento económico.

Parece innegable que es bueno producir riqueza, y a ello contribuye el crecimiento económico. Pero eficiencia y equidad —la prosperidad económica y la distribución de esa riqueza generada— son dos elementos inseparables. La cuestión económica debe ir ineludiblemente conectada con la cuestión política. La economía es cultura, es decir, valores y creencias que guían nuestro comportamiento, que incluyen la producción, el intercambio y la distribución de bienes y servicios. No hay economía independiente de lo que las personas hacemos, pensamos y sentimos, y por eso se dan recurrentes cambios en las ideas y prácticas sociales.

En la vida social, la colaboración constituye un poderoso motor de beneficios agregados y, por ello, resulta especialmente importante encontrar marcos que per-

mitan reconducir los conflictos. En la distribución del poder se produce un juego de suma cero. Lo que uno gana está en relación con lo que otro pierde, y por tanto no puede haber una redistribución sin importantes tensiones. Sin embargo, las relaciones económicas son un juego de suma positiva (Tugores, 2010). Su buen funcionamiento mejora la posición de todos los actores. A todos ha de interesar una buena organización económica y social. Suelen presentarse binomios antitéticos como el de competitividad-cohesión o eficiencia-equidad. Sin embargo, una sociedad disfruta de un mayor progreso cuando habla —y practica— en mayor medida la cooperación y gestiona mejor el conflicto, tratando de hallar los elementos de complementariedad entre estos binomios. Las cosas marchan mejor si todos están dispuestos a «arrimar el hombro», y para que esto se produzca se han de dar las condiciones necesarias. Su posibilidad depende en buena medida de la sensación de equidad que se perciba, ya sea en el reparto de las cargas y sacrificios o en las eventuales mejoras que se deriven del esfuerzo de todos. Esto es: ver quién paga «los platos rotos» y quién «se beneficia» de los ajustes. No se puede pedir una cultura del esfuerzo sin saber por qué y para quién.

Tal vez deban recuperarse los valores básicos del capitalismo primitivo, aquellos que le dan legitimidad social. Por una parte, la cultura del esfuerzo y del trabajo responsable, con un salario adecuado y una jubilación digna. Por otra, el principio fundamental de que quien recibe los beneficios también ha de correr con las pérdidas. Otra vez más se trata de un compromiso entre los distintos actores sociales. Se reivindica una cultura del esfuerzo, pero cuando se están dedicando enormes cantidades de fondos públicos para salvar bancos y empresas, las reformas sociales —como las del mercado de trabajo y las pensiones— son percibidas por numerosos ciudadanos con resentimiento y una sensación de injusticia, lo que acentúa la pérdida de confianza en nuestros gobernantes.

3.2 Recuperar la confianza en el quehacer político

En segundo lugar se encuentra la función de la política. Para que se comporte de manera adecuada, es menester recuperar la confianza en los gobiernos. Unos mercados eficientes son un bien público primordial en las economías modernas. La paradoja reside en que su eficiencia depende de la intervención de los gobiernos. Los poderes gubernamentales deben impulsar, garantizar y proteger como un requisito esencial para que la potencia de los mercados se traduzca en bienestar social. Combinar ambos tipos de mecanismo (mercado e intervención) es hoy tan necesario como difícil. No es tarea fácil hallar las políticas que reconduzcan el crecimiento económico y que sean ampliamente aceptadas por la población.

Forma parte del arte, además de la ciencia, de las políticas públicas. Del arte de gobernar y del arte de transformar los valores de las sociedades. Para ello es necesario un liderazgo institucional y político capaz de promover los cambios necesarios que mejoren la eficiencia de nuestras instituciones. Un liderazgo capaz de persuadir y de coordinar las motivaciones de todos los actores sociales. Un liderazgo que marque el rumbo del cambio, que persuada y que restaure la esperanza en que entre todos los sectores seremos capaces de superar este contexto (negativo) por el que circulamos.

Tal vez aquí, lo que se necesite sea la política con mayúsculas, la que mira a los ciudadanos y pone al mercado a su servicio, y no al revés. Regular el mercado no es sustituirlo, sino enmarcarlo en su función correcta. Por eso esta es la hora de la política como gobierno de los intereses de los ciudadanos en el espacio que compartimos en todas sus dimensiones. Son necesarias políticas capaces de ordenar el sistema financiero y los flujos comerciales. Pero capaces también de diseñar medidas que permitan fortalecer la cohesión social en todos sus aspectos y recuperar la confianza en el gobierno de lo público. Tanto a escala nacional como global: cabe recordar que, si bien la crisis nace de la carencia de gobernanza global adecuada, y es interés de todos reformar el funcionamiento del sistema, lo cierto es que ha repercutido también en las gobernanzas nacionales. En un contexto de falta de confianza en los directivos institucionales y políticos parece necesaria una labor de pedagogía que permita refundar la vida social y la vida democrática. Y para ello se necesita la regulación proveniente del Estado, el control público de las finanzas y, muy especialmente, de los comportamientos especulativos. Deben producirse cambios en el sistema financiero, recuperar un control político sobre la economía, tanto en el ámbito de los Estados-nación como a escala mundial. Para lo primero tengamos tal vez mecanismos más a mano, basados en las elecciones de gobiernos responsables. Para lo segundo, tal vez deba crearse un mecanismo mundial capaz de dirigir o coordinar los intercambios financieros internacionales (por ejemplo, una adaptación de la reivindicada Tasa Tobin para los movimientos de capitales).

3.3 Recuperar el compromiso ciudadano

El tercer elemento está relacionado con el compromiso ciudadano. Su recuperación pasa por el fortalecimiento del compromiso social, uno de cuyos mecanismos es, sin duda, el de la fraternidad. Junto a la necesidad de la política en la economía, planteamos la necesidad de innovar en la política social. De buscar la eficiencia de las políticas sociales, no sólo su eficiencia económica sino también

su eficiencia social; aquí acuden las creencias, normas y valores de la ciudadanía. En los últimos decenios, y antes de los últimos acontecimientos, el bienestar social se ha venido convirtiendo en un campo fundamental para la innovación de las políticas públicas como consecuencia de las transformaciones y dificultades gubernamentales. Los programas tradicionales de los Estados protectores han demostrado que no son suficientemente eficaces frente al rápido crecimiento de nuevos riesgos y vulnerabilidades, lo que obliga a replantearlos y a abrir el camino para una innovación política y social.

En el campo de la protección social ha aparecido un nuevo escenario: muchas de las actividades del bienestar están siendo desarrolladas por entidades civiles —esto es, privadas— en lugar de ser ejecutadas directamente por centros que pertenezcan a la administración pública. Se ha iniciado la gestión privada de determinados servicios públicos, creando así un nuevo sector socioeconómico: el Tercer Sector de Acción Social. Este fenómeno abre la posibilidad de repensar también la estructura protectora de los Estados. ¿Quedan afectados los derechos sociales? ¿Quedan modificadas las responsabilidades públicas? Parece un momento muy oportuno para redefinir los espacios públicos y privados, y una ocasión para fortalecer los lazos de compromiso entre los ciudadanos. Pero esto debe llevarse a cabo con las suficientes garantías de que no se retroceda en derechos. No debe pasarse de la cobertura de unos derechos a la recepción de unas ayudas. Por este motivo, las administraciones públicas deben redefinir también su función: deberían adquirir un rol más bien de coordinación, de procuración de recursos y de garante de derechos, que de proveedor directo de los servicios.

La creación de un nuevo modelo relacional entre el Tercer Sector y las administraciones públicas debe estructurar un nuevo sector público del bienestar social —entendiendo ‘público’ en el sentido de compromiso y acción de todos y para la colectividad. También en esta dimensión aparece el tema de la imprescindible confianza social. La transparencia debe ser un tótem tanto para las entidades como para las administraciones. La ciudadanía debe asumir y ejercer la responsabilidad colectiva. La deliberación, el compromiso y la participación pueden erigirse en objetivo de transformación de nuestros países, tan socialmente debilitados que pueden encontrar, precisamente en esta situación de confusión, el espacio y la oportunidad para la innovación social.

4. Conclusiones

En estos momentos de incertidumbre surge como un hito de gran importancia la consecución de una nueva cohesión social —de gran alcance— que no se podrá

conseguir sin el establecimiento de un nuevo compromiso entre capital y trabajo, un nuevo quehacer de la gestión política y un compromiso ciudadano con el bien común.

Pero más allá de este escenario turbador y de extrema complejidad, parece interesante plantear la búsqueda de instrumentos analíticos capaces de aportar luz a las profundas transformaciones que parece necesitar el sistema capitalista. Aquí es donde surge la necesidad de conciliar disciplinas académicas que hasta hace muy poco se han venido ignorando mutuamente.

Hoy en día, nuestro modelo de sociedad está en crisis. Asistimos a una crisis del capitalismo y a una crisis del modelo político asociado a su moderna forma de gestión. Una crisis económica extendida a las instituciones y gobiernos, e incluso a los valores compartidos por el conjunto social. Esta perplejidad sobre nuestro presente y nuestro futuro obliga a repensar la necesidad de una nueva cohesión social. Se abre un importante reto para la sociología económica.

La Nueva Sociología Económica puede —y debe— hacer emerger la lógica de los intereses y las fuerzas que conducen el comportamiento humano, también en las relaciones económicas. Si entendemos nuestro sistema como el conjunto de relaciones económicas, políticas y sociales, son necesarias teorías capaces de combinar o unir las relaciones sociales con los intereses particulares en un mismo análisis. Como señala Swedberg (2004), éste debería ser el resultado de conjugar las ideas básicas de la economía con las de la sociología. El triunfo de la perspectiva neoclásica en economía fue fruto de la adopción de una serie de postulados que simplificaban la naturaleza humana. La racionalidad en este sistema viene definida como la búsqueda, sin trabas, de beneficios por parte de actores económicos, sean individuos o instituciones. Otros científicos sociales han venido demostrando que hay muchas situaciones en las que estos supuestos no conducen a una predicción exacta. Y aun si se asume que los actores actúan con una cierta racionalidad, en el sentido de perseguir objetivos mediante selección previa de determinados medios, no se trata de individuos aislados de un contexto social. Al contrario, las relaciones intervienen en cada una de las fases del proceso, desde la selección de los posibles objetivos económicos a la organización de los medios para conseguirlos. Tampoco la sociología económica está exenta de críticas. Para Portes (2010), también en esta perspectiva académica encontramos vacíos teóricos, ya que aunque la disciplina se ha centrado en identificar las restricciones a la racionalidad creadas por el entorno social, ha olvidado estudiar o buscar los elementos que permiten comprender otros comportamientos distintos.

La mayor parte de la cooperación social —desde la vida familiar hasta la esfera de la política— es posible gracias al uso de complejos procesos de interacción

más que a la aplicación de reglas dictadas por una autoridad central. En este sentido, un sistema de mercado es un método de coordinación social que se realiza mediante el ajuste mutuo entre quienes participan en él (Lindblom, 2004). El sistema de mercado puede resultar un buen elemento de distribución de recursos en las sociedades complejas, pero otra cosa es suponerle una eficiencia general, ya que existe un conjunto de determinaciones previas que afectan a sus participantes. Tampoco la libre elección en el consumo va asociada únicamente al sistema de mercado y, como se ha analizado, hay esferas de la vida social y la vida política afectadas, también, por el mecanismo de los mercados.

El sistema de mercado no sólo repercute en nuestro bienestar económico, sino también en nuestra vida social y política, ya que organiza y coordina algo más que el flujo de mercancías. Influye en la conducta humana en todas sus dimensiones. Permite alcanzar un nivel de cooperación que abarca el conjunto de la sociedad, nacional y global, pero a su vez, como señala Lindblom (2004), plantea un desafío a la misma noción de sociedad, y aquí surge el espacio donde podemos incidir. Como dicho autor plantea: ¿qué tipo de sociedad queremos?

La literatura sociológica actual todavía no ha aportado suficientes estudios sobre cuál es el rol que juegan los mercados en la socialización económica en la sociedad capitalista moderna. ¿Por qué parece que no hay alternativa a la situación de crisis creada por los mercados? Otra cuestión no resuelta es la relación entre el dinero y los mercados. El dinero y los instrumentos financieros del sistema aparecen e inciden en estrecha relación en algunos de los mercados. Es necesario estudiar no sólo el impacto del dinero sobre las relaciones sociales, sino también prestar atención al dinero como un instrumento dinámico y cambiante para la adquisición de poder, continuando la línea iniciada por Simmel (1977) en el año 1900.

Tenemos abiertos, pues, importantes retos teóricos que podrían ayudar a la comprensión de la complejidad del mundo moderno y a la posible búsqueda de su transformación.

5. Bibliografía

- ANISI, D. (1988). *Trabajar con red. Un panfleto sobre la crisis*. Madrid: Alianza.
- CASTELLS, M. (2010). «Las culturas de la crisis», en *La Vanguardia*, 5/06/2010.
- COSTAS, A. (2008). «Salvar el capitalismo de sus depredadores», en *El País*, 28/10/2008.
- GALBRAITH, J. K. (1992). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- GONZÁLEZ, F. (2008). «Vuelve la política», en *El País*, 5/11/2008.

- GRANOVETTER, M. (1985). «Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness», *American Journal of Sociology*, nº 91: 481–510.
- LINDBLOM, Ch. (2002). *El sistema de mercado*. Madrid: Alianza.
- MONTAGUT, T. (2010). «Repensando la política social», *Documentación Social*, nº 154: 13–26. Monográfico sobre «Dilemas de la Política Social».
- POLANYI, K. (1944). *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.
- POLANYI, Karl et alii (eds.) (1957). *Trade and Markets in Early Empires*. Chicago, IL: Henry Regnery.
- PORTES, A. (2010). *Economic Sociology: A systematic inquiry*. New Jersey: Princeton University Press.
- SIMMEL, G. (1977). *Filosofía del dinero*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- SKIDELSKY, R. (2009). *El regreso de Keynes*. Barcelona: Crítica.
- SWEDBERG, R. (2004). «The toolkit of Economic Sociology», *CSES Working Paper Series*, nº 22. Cornell University: Center for the Study of Economy & Society.
- TUGORES, J. (2010). *El lado oscuro de la economía: lo que no quieren que sepas sobre la crisis*. Barcelona: Ediciones Gestión.